montañes, que tienen allí las leyes, las Constituciones, las Asambleas y los Gobiernos. Algunas veces el Príncipe se hastia de esta uniformidad é inventa instituciones como la institucion de un Ministerio responsable, inútil mediador entre el Senado y el Monarca. Pero una dolorosa experiencia le demuestra pronto cuán fútil es el empeño de quitarle al montenegrino su carácter histórico, su carácter de ágil cazador de turcos.

Á nuestra misma vista, en 1862, se han verdaderamente anticipado sucesos como los sucesos que ahora ocurren. La Herzegovina se levanta contra sus dominadores y empeña una de esas guerras de desesperacion mil veces comprometidas por el heroismo y mil veces desenlazadas por la desgracia. El Gobierno turco, que confunde siempre las simpatías morales por un pueblo hermano con la cooperacion efectiva á la guerra, invade el Montenegro con las tropas crueles y devastadoras de Omer-Bajá, las cuales van por aquellos espacios ebrias de sangre, aunque no hartas de matanza. La resistencia del Montenegro rayó en el martirio. Á cincuenta mil turcos sólo pudo oponer la tercera parte de montenegrinos. Pero estos montenegrinos tenian á su cabeza uno de los principales héroes de su raza, el guerrero Mirko, padre del Príncipe hoy reinante, y tan grande en su carácter y en su alma que habia cedido los goces del poder y no las amarguras, dejando á su hijo la autoridad para reservarse tan sólo el sacrificio. La lucha no podia tener un carácter más desigual. La derrota no podia ser más segura. Los montenegrinos peleaban por la honra y no por la victoria. Un tratado horrible vino como consecuencia necesaria de esta temeridad fabulosa. Por el artículo 5.° recibia el Principado la imposicion de expulsar á Mirko. Por los demas artículos dejaba su territorio abierto á las invasiones turcas y cerrado á su propia defensa. De esta suerte agoviado el Montenegro ha debido aprovechar en 1876 la primera ocasion oportuna de tomar su desquite por las humillaciones de 1862. Y en cuanto la Servia se ha movido, tambien se ha movido el Montenegro y ha entrado en la liza con la pujanza de los héroes unida á la resignacion de los mártires. El Montenegro es otro dato importantísimo en la cuestion de Oriente.

Un pueblo extraño ha cobrado verdadera importancia política en estos conflictos, el pueblo de los búlgaros. Cuanto más se considera el problema oriental, más complicado aparece por la multitud de naciones empeñadas en su planteamiento y en su ulterior desarrollo. Entre estas naciones ninguna tan digna de estudio como la nacion búlgara. De raza mongólica, de lengua eslava, de culto griego, de orígen ruso, por la dominacion que sufren verdaderamente turcos, y por las posiciones que ocupan, los más privilegiados habitantes de Turquía, complican los conflictos orientales apareciendo como un término medio entre los resignados y los rebeldes. Habitantes de la meseta céntrica de los Balkanes puede decirse que bajo su mano tienen la espina dorsal del Imperio. Los antiguos llamaron á esta meseta la Mesia superior y la tuvieron por el núcleo central de las razas amenazadoras al imperio romano. Constantino, cuando vió la admirable posicion de Sardica, hoy

Sofía, la quiso escoger por capital de su Imperio como dominadora incontrastable desde aquellas alturas lo mismo del Bósforo que de la Grecia; lo mismo del Mar Negro que del Mar Adriático; lo mismo de los pueblos asentados á las orillas del Danubio, que de los pueblos perdidos en las crestas de las montañas y los inaccesibles defiladeros. Un gran geógrafo ha caracterizado de esta suerte la tierra de los búlgaros. «El vasto espacio cuadrangular ocupado por las vertientes montañosas del Rhemo y del Rhodopo, y limitado al Norte por el Danubio, cerca de la mitad de Turquía, es la region de los búlgaros. Aunque el nombre de Bulgaria se haya aplicado sólo á la vertiente septentrional de los Balkanes, la verdadera Bulgaria se extiende por un territorio tres veces más considerable. De las orillas del Danubio inferior á las vertientes del Pindo, todo el suelo de la Península pertenece á los búlgaros, con excepcion de los islotes y archipiélagos donde habitan turcos, valacos y griegos.»

De raza mongólica, ¿cómo han pasado por su religion y por su lengua á ser de raza aria? ¿Cómo se han eslavizado hasta el punto de que las creencias y el idioma y la historia se confunden con las creencias y el idioma y la historia de los servios? Sin duda alguna esta notable diferencia muestra tambien la notable diferencia de asimilacion que existe entre la raza eslava y la raza turca. Los búlgaros pueden llamarse hermanos de los pueblos que ocupan parte considerable de las regiones polares en el Imperio ruso. Su aparicion entre los eslavos produjo el mismo terror que la aparicion de los hunnos entre los latinos. Cuantos hayan leido los historiadores de las irrupciones recordarán el terror producido por aquella última retaguardia de los invasores, menudos, bajos, amarillentos, con ojos de lechuza, con cara de tortuga acribillada por heridas que sus madres les abrian al nacer á fin de que sintiesen la amargura de la sangre ántes del dulzor de la leche, caballeros en monturas extrañas como las inventadas por los soñadores del Apocalipsis, acompañados del tambor mágico que sonaba como el Sábado de las brujas, y seguidos por dioses cuyo cetro era la espada y cuyo culto exigia torrentes de sangre en humanos sacrificios. Pues algo semejante pasó entre los pueblos eslavos á la irrupcion de los pueblos búlgaros. Creyéronlos hijos de los demonios y de las brujas. Tomáronlos por abortos del infierno venidos en el siglo que anunciaba el fin próximo de la tierra en el juicio universal, á aventar las cenizas de tan espantosa catástrofe, como los ángeles exterminadores en los libros de Daniel y en los ensueños de San Juan. Y, sin embargo, la raza eslava se ha asimilado á la raza búlgara. La raza eslava ha conseguido que los búlgaros piensen como ella, hablen como ella, crean como ella, y le ha impreso su sello en la frente. Excepto la porcion que ha pasado al mahometismo, la familia búlgara ignora que por su orígen y por su sangre es pariente de los turcos, y se cree parte integrante de la raza eslava. El maravilloso imperio servio, de tanto influjo en la península de los Balkanes, se la ha llevado en pos de sí ejerciendo la atraccion que en las esferas celestes unos astros ejercen sobre otros astros de ménos magnitud. Y despues de haber sufrido la

atraccion eslava, han quedado en su mayor parte los búlgaros fieles á esta trasformacion y apegados á esta raza. De suerte que un mismo pueblo en presencia de la raza eslava y de la raza turca se deja atraer y dominar por unos hasta identificarse con ellos, y resiste completamente á los otros. Este fenómeno histórico prueba que las instituciones y las creencias semíticas en su rigidez y en su intransigencia carecen por completo de aquella flexibilidad maravillosa que tienen las instituciones y las creencias arias ó indo-europeas, y que tan aptas las hacen para la educacion progresiva y la trasformacion maravillosa del género humano en la historia. Y cuenta que, como hemos dicho ántes, el pueblo búlgaro ha quedado siendo como el término medio entre los resignados y los rebeldes. Trabajador, económico, industrial, sin esa poesía guerrera de sus hermanos, sin esa historia de Sérvia, sin sus leyendas ni sus héroes, resiste ménos al Imperio turco y se acomodaria más á una autonomía que, dándole cierta descentralizacion administrativa y cierta independencia política, le mantuviese en el gran Estado á que hoy por la fuerza misma de las cosas pertenece. Una de las nobles aspiraciones de su espíritu nacional se ha realizado por completo. Confundidos con los griegos dependian de la autoridad del Patriarca bizantino, y deseaban fundar y constituir su nacionalidad eclesiástica y su independencia religiosa. Dos poderes distintos, pero de gran fuerza, oponian resistencia invencible á esta innovacion beneficiosa; en el hogar la mujer que tomaba por herejías todas las alteraciones litúrgicas, y en el Estado la autoridad turca, temerosa de que unas reformas trajeran otras

reformas, y la satisfaccion de unas nobles aspiraciones el nacimiento de otras más levantadas y más incontrastables. Pero la perseverancia de estos pueblos orientales venció todos los obstáculos, y la familia búlgara tiene hoy su autonomía religiosa completamente establecida, y su nacionalidad eclesiástica, en definitiva, segura ya y fundada. Pero no cabia dudarlo, el presentimiento de los turcos era legítimo. Desde que tuvieron la nacionalidad religiosa, aspiraban á la nacionalidad política: que toda idea humana es una serie de ideas, y todas las humanas aspiraciones encierran en gérmen mil otras aspiraciones, como que el contraste entre el ideal y la realidad será eterno y eterno tambien el espoleador aguijon del deseo. Mas la guerra no tiene en Bulgaria la fuerza y la universalidad que tiene en la Bosnia y la Herzegovina. Y á pesar de no tener ni esta fuerza ni esta universalidad, los turcos han lanzado sobre los búlgaros sus tropas más feroces y más salvajes. Las crueldades que estas fieras del interior del Asia han cometido en los hijos del oriente de Europa, recuerdan aquellas atrocidades de la historia antigua, cuando no dejaban los conquistadores piedra sobre piedra en Jerusalen ó en Tiro; cuando incendiaban toda una comarca como si fuera la piel de una víctima destinada al sacrificio; cuando pasaban á cuchillo toda una raza; tiempos de increible crueldad y de infinitas venganzas. El corresponsal de un periódico inglés, el corresponsal del *Daly-News*, denunció estas barbaridades, y se conmovió profundamente toda Europa, y sonó una protesta en el Parlamento más adicto á Turquía, en el parlamento de Inglaterra. El di-

rector hoy de la política inglesa, el depositario de la autoridad ministerial, Mr. Disraeli, negó los relatos del corresponsal tachándolos de infundados y exageradísimos. Pero nuevas informaciones han mostrado que el gobierno inglés, ó no conocia la verdad, ó la ocultaba á sabiendas. La verdad es que la insurreccion búlgara ha sido una llamarada fugaz y la guerra turca un paseo militar. Solamente tres aldeas han resistido con algun coraje, y solamente un centenar de turcos han muerto, y todos ellos en abierto combate. Y para castigar esto los desquites y las venganzas no han tenido número. Una maestra de escuela ha sido arrestada, presa, puesta á pan y agua durante largos dias por el horrendo crímen de haber bordado una bandera. En Batok se encuentra una colina llena de huesos y de cráneos que los perros de todas las cercanías hociquean y mascan. Entre estos despojos humanos ha podido contar más de cien cráneos pertenecientes á mujeres y á niños. En el pueblo las calles se han convertido en cementerios. Los alrededores de la iglesia parecen verdaderos campos de batalla por los huesos amontonados, por los restos y los despojos aquí y allá esparcidos, diseminados; por las manchas de sangre que no ha sorbido la tierra ni borrado el aire; por el hedor que asfixia. Entre la iglesia y la escuela tropiézase á cada paso con grandes montones de cadáveres. En el cementerio no habia tierra bastante á cubrir y ocultar tanta carnicería. Los brazos, las piernas, los cráneos, salian por uno y otro lado como si ántes de darles el reposo hubieran trucidado aquellos cuerpos maltratados ya por una profanacion horrorosa. A tres mil

se eleva el número de las víctimas en una sola poblacion. Trescientos inocentes, trescientos niños con algunas mujeres han sido abrasados vivos en el incendio de una sola escuela. De nueve mil habitantes sólo quedan en Botak mil doscientos. Da horror ver á los sobrevivientes, más infelices que los muertos, buscando entre montones de piedras calcinadas los restos de sus hogares, y entre huesos mondados y dispersos los restos de sus parientes. El infame bajá que ha perpetrado todos estos crímenes, gobierna todavía en la provincia víctima de su ferocidad, y ha recibido un grado en premio á todos estos horrores. Tanta sangre forma como una nube en torno de los imperios protervos que la derraman; y de esa nube sale un dia ú otro, como el rayo de la cólera divina, el castigo de los opresores y la venganza de los opresos. La cuestion de Bulgaria se ha elevado á ser uno de los términos del problema de Oriente, como la cuestion de Bosnia, de Herzegovina, de Sérvia y del Montenegro.

Otro de los pueblos que en la cuestion de Oriente aparecen, aunque no con la pujanza de Sérvia, es el pueblo rumano, cuya historia en los últimos tiempos se ha dividido entre la dominacion turca y la dominacion rusa, y cuyo ministerio en Oriente ha de tener por necesidad una grande autoridad y una decisiva fuerza. Los rumanos han conservado mayor cohesion que ninguna otra de las familias orientales. Divididos áun hoy en várias porciones, la independiente que ha consagrado la paz de París despues de la guerra de Crimea, y las sometidas á diversas potencias, queda en su seno un prin-

cipio de unidad tan fuerte que mantiene el fondo comun de la raza á despecho de las diferencias políticas y de las fatalidades geográficas. Habrá en Rumanía restos de los antiguos faraniotas griegos que la han oprimido de comun acuerdo con los turcos; habrá sombras de los boyardos feudales, que á manera de la aristocracia polaca han herido al campesino y han estrujado el suelo, manteniendo hasta última hora la plaga horrible de la servidumbre; habrá sectarios de religiones nacidas en los desiertos de Asia, y que se han extendido por Rusia principalmente, como si la aridez de la estepa diera sed al espíritu, cual los infelices dados á mutilarse como Orígenes; habrá dos clases de judíos, los de orígen español, por todos respetados, y los de orígen eslavo ó polaco, de todos aborrecidos; habrá éstas y otras muchas familias de pueblos; pero en medio de ellas, en su fondo, queda íntegra, intacta, riéndose de los eruditos que la quieren confundir con la raza celta ó con la raza germánica, esa colonia de andaluces é italianos, latinos de sangre, latinos de lenguaje, latinos de educacion, llevados allá por Trajano, adivinando y presintiendo la necesidad que habia de oponer una resistencia al prolífico y amenazador genio del Norte, llevados allá, decia, por Trajano, y mantenidos al traves de las irrupciones, al traves de la conquista, bajo el yugo de la más abominable opresion, entre las dos invasiones de los turcos y de los rusos, para mostrar la pujanza de nuestra gente y la superioridad de nuestro espíritu. Estos pueblos alzados entre los montes Cárpathos y el Danubio, pertenecen por la geografía al Oriente, y por la educacion, por el alma, por el carácter, por la historia, pertenecen al mundo latino, á nuestro Occidente. Cuando los encontrais en vuestro camino y se convencen de que sois frances, italiano, español sobre todo, os hablan como miembro de la misma familia, como perteneciente á la misma raza, como hijo de la misma madre, gloriándose de su orígen y de su sangre, creyéndose destinados en porvenir no lejano á ser como la levadura de la confederacion latino-helénica que ha de extenderse de un extremo á otro del Mediterráneo, y que ha de resucitar la antigua liga anfictiónica en el seno de la moderna Europa. Trajano es para ellos un Dios; Trajano, el hombre en torno del cual se condensa la vida de su nacion, como Carlo-Magno entre los franceses, y el Cid entre los españoles; y á Trajano atribuyen todas sus grandezas morales y materiales; á Trajano, todos los recuerdos de su memoria y todas las ruinas de su tierra; á Trajano, desde la palabra que se escapa á sus labios hasta la fiesta que embellece su vida; á Trajano, los grandes trabajos de la naturaleza como las hendiduras de los montes y el lecho de los rios; á Trajano desde el hogar de la familia hasta la nacionalidad de la raza. Y tienen razon, porque Trajano los ha llevado á las orillas de ese rio que ya cantaron los Argonautas, como el guardador de los vellocinos de oro contenidos en los esfuerzos de la navegacion; especie de océano interior en cuyas riberas se miran tantos pueblos diversos; destinado á unir el centro con el Oriente de Europa, y que, naciendo cerca de Suiza, en la maravillosa Selva Negra, á las puertas de Alemania, y dilatándose en setecientas leguas de vário curso hasta desem-

bocar en el Mar Negro, parece decir en los oidos de las razas opresas ó cercanas á una antigua opresion, que en confederaciones como la helvética se encuentra todo el secreto de su futura grandeza en el mundo y toda la clave de sus futuros maravillosos destinos en la historia. Este pueblo rumano se hallaba dividido en dos principados, la Moldavia y la Valaquia. Estos dos principados, producto de una mezcla de la raza latina con la raza dacia, en la cual predominó siempre el elemento latino, lucharon cuanto pudieron con los bárbaros despues de la caida del Imperio Romano, y mantuvieron su independencia constituyéndose en conjunto de dominios feudales que formaba el carácter principal de las nacionalidades durante la Edad Média. El uno, la Valaquia, se constituyó á mediados del siglo décimotercio; y el otro, la Moldavia, á principios del siglo décimocuarto. Tantos enemigos los asaltaron y tantas luchas sostuvieron, que al cabo la necesidad les obligó á pactar con Turquía, pidiéndole proteccion para su independencia, á cambio de un tributo de vasallaje. Estos pactos no bastaron á guarecerlos, y las alternativas de los tiempos y la vária suerte propia de los Imperios, unas veces los llevaron á poder de los rusos y otras veces á poder de los turcos, dándose la singularidad de que, so pretexto de gobernarlos y de protegerlos, muchas veces los oprimieran unos y otros al mismo tiempo. La Rumanía es de tal manera un pueblo independiente, que ha llegado á pactar tratados de comercio y á recibir ministros extranjeros, aunque siempre con la protesta de Turquía, que, á pesar de esto, conserva una administracion aduanera

aparte de la administracion rumana. En verdad este pueblo ofrece una ventaja sobre todos los orientales: primeramente, esa universalidad de nuestra raza que le da un carácter asimilador, propio para atraer á los demas pueblos, y despues una igual desconfianza de los turcos y de los rusos. Como ha padecido bajo las dos dominaciones, ó cuando ménos, bajo las dos influencias, ha tratado de conjurarlas á un mismo tiempo. Luégo, no sintiéndose eslavo, no participando, por tanto, de las supersticiones de esa raza, no tiene por el pueblo fuerte, por el brazo férreo de los eslavos, la adoracion de los servios. Ligado sólo por el tributo pecuniario con Turquía, y en posesion de una ámplia libertad, su impaciencia en el momento no es tan grande como la impaciencia de los otros pueblos cristianos, y en su reserva hay mucho de iniciacion para lo porvenir. Luégo siente dos antipatías poderosas contra dos enemigos fortísimos. Una de ellas, la antipatía contra los alemanes, á pesar de tener dinastía alemana, á causa sin duda del empeño que éstos muestran diariamente en germanizar la Rumanía, sobre todo, por el intermedio de los judíos del Norte. Y la otra antipatía es contra los húngaros, en lo cual se unen con los eslavos, á causa de que los húngaros retienen bajo su poder una parte considerable de Rumanía. Ademas tienen con los otros pueblos eslavos de Oriente un lazo muy fuerte, el lazo de la religion griega. El medio ambiente ha podido en ellos más que el instinto de raza. La religion de los latinos en el momento de formarse y en los dias de su más deslumbrante esplendor no podia llegar á estas regiones orientales. Y el lazo religioso,

aunque aflojado por la autonomía de las diversas Iglesias nacionales, áun tiene bastante fuerza para constituir una especie de federacion espiritual entre estas diversas nacionalidades que son los datos capitales del problema de Oriente.

Mas el pueblo que ha abierto á todos estos pueblos el camino de la libertad, el pueblo que los ha iniciado en la vida del derecho, ha sido ese pueblo griego cuya fecunda inteligencia no se agota jamas y cuyo porvenir tiene celajes tan bellos como su pasado. Maravillosos en verdad siempre los griegos. Dominaciones várias los han oprimido desde la dominacion romana hasta la dominacion oriental; aquel bizantinismo capaz de corromper los pueblos más fuertes y viciarlos para siempre, ha penetrado en la médula de sus huesos bandas de aventureros varios se han creido en las luchas de la Edad Media llamadas á su dominacion y se han ornado varios reyes con el vano título de Duques de Aténas; el turco ha venido por fin y ha esterilizado con su despotismo desde el suelo hasta el espíritu; se ha cebado la miseria en sus familias la sequía en sus campos, la despoblacion ha llamado el desierto á sitios ántes consagrados por las inspiraciones del genio y por los resplandores del arte; la tierra entera, desnuda de su primitiva vegetacion, apénas produce con que mantener á sus hijos, obligados todos los años á largas emigraciones doblemente tristes para quienes han nacido bajo la sonrisa de aquel cielo, entre las reverberaciones de aquella luz, á la sombra de aquellos montes de mármol besados por las ondas de aquel mar de eternas armonías; todo se ha conjurado para perder á Grecia desde los elementos implacables hasta la implacable política; y sin embargo, la inteligencia brota en su seno con tanta espontaneidad, la idea se apodera de la inteligencia con tanta viveza, la hermosura reviste á la idea de formas tan escultóricas y tan correctas, que, hoy mismo, en su precaria independencia, en su mal gobierno, en su pésima administracion, sin haber respondido en la ciencia de gobernarse á las esperanzas inspiradas por su pujanza en la guerra, asombran y maravillan por el conjunto de cualidades contradictorias como las aptitudes artísticas y científicas unidas á las aptitudes guerreras y mercantiles en tan alto grado que parece vivir todavía en Grecia el alma deslumbradora de sus antiguos genios. Bien es verdad que no puede verse uno de aquellos sitios, no puede mentarse una de aquellas porciones del planeta sin que el alma se conmueva y se crea llamada á producir con su ejemplo y su recuerdo algo extraordinario que toque en la inmortalidad. Por sus cimas denominadas con vocablos que todavía seducen y halagan nuestros oidos, arden como un fuego eterno las ideas; por sus mares, que esculpen la tierra con cortes tan graciosos y la esmaltan con franjas tan celestes, todavía viven los dioses. No hay alma, por vulgar, que no haya aspirado á ascender al Parnaso, á oir los ruiseñores de Colonna, á ceñirse los laureles del Pindo, á beber en las fuentes de Hipocrene y de Castalia, á descansar á la sombra de los árboles de Delfos, á repetir el coro de las islas griegas, á visitar la cuna de la inteligencia europea, á recorrer los sitios donde ha nacido Homero, donde ha hablado Demóstenes, donde ha pen-